

La tinaja

Aurora Yáñez Vilches
Séptimo accésit

— Melisa, pásate por mi despacho cuando puedas. Tenemos que hablar.

Asentí lo más calmada que pude ante la atropellada llamada de Carlos. Terminé con el inóculo que tenía entre manos, llevé las placas de petri a la estufa, me deshice del material fungible y recogí la cámara de cultivo para el próximo que la usara. Respiré hondo, me armé de valor y me dirigí a la puerta del despacho.

Carlos era mi director del proyecto fin de máster. Era un hombre sobrio y severo, pero una gran persona. Siempre andaba preocupándose por mí, por mis clases y por mi trabajo, aunque últimamente nada parecía irme a derechas. Sospechaba que hoy hablaríamos sobre una nueva visión del trabajo, una nueva dirección en la que podrían irme mejor las cosas sin estar tantísimas horas fútiles dedicada al proyecto. Sin embargo eso no me terminaba de alegrar. Era la tercera vez que cambiaba de “visión”.

Llamé delicadamente a la puerta con los nudillos. Carlos me abrió y me dijo que pasara y me sentara con un gesto: estaba al teléfono. Parecía alterado, pues caminaba teléfono en mano por su despacho, asintiendo sin más. Una vez dio por finalizada su

conversación telefónica, se sentó al otro lado de su mesa y se dirigió a mí.

— Melisa, hay algo que debo encargarte.

— ¿No vamos a cambiar la visión del TFM? — pregunté un poco nerviosa, queriendo saber si ése era el motivo de la visita o no.

— No exactamente. Vamos a cambiar completamente el proyecto.

— ¿Cómo? ¿Por qué? — me alarmé, más asustada que enfadada.

— Me han llamado desde arqueología, y yo no puedo hacerme cargo. Parece sencillo, pero prometedor. Será un buen trabajo, novedoso y único. Esta vez no tendrás problemas y a mí me harías un favor.

He de explicar que mi universidad es de gran prestigio en todo el país. Todos los departamentos se relacionan los unos con los otros de manera fluida, y este era un caso más. Carlos me explicó la situación. Habían hallado una tinaja que no parecía ser ni de la misma época ni de la misma cultura que el resto de la excavación, pero eso no era lo que me incumbía a mí como microbióloga. El porqué estaba aquí sentada, era el hecho de que dicho hallazgo estaba cerrado herméticamente. Con suerte, aún podrían hallarse restos de microorganismos que incluso podrían ser nuevos para la ciencia. Realmente, era un proyecto alentador, interesante, y nada difícil desde el punto de vista metodológico.

— Me siento muy honrada de poder trabajar con algo de este calibre, pero... ¿por qué yo?

Carlos soltó una risotada. A pesar de ser un hombre austero y fiel a su trabajo, siempre daba gusto oírle reír de esa manera. Recordaba que era un alma libre.

— Pues porque ahora mismo eres la única con tiempo para dedicarle. Mónica está con la tesis, como Pedro y José. Lourdes está pendiente de su estancia en Berlín y yo tengo que supervisar demasiadas tesis como para estar pendiente de una tinaja. Serás capaz, y siempre puedes pedirle ayuda a Luis, ¿no?

Luis era mi compañero en el máster. Era cierto que no me llevaba mal con él, pero a veces, su parsimonia y lentitud me hacían perder un poco los nervios. Sin embargo, asentí sabiéndome capaz de hacerlo sola, y entusiasmada por la idea.

— ¿Cuándo empiezo con ello?

— Mañana la traen. Estaré contigo para ver si fuera necesario algún material que haya que pedir. Luego te mando algunos artículos que puedes leer para introducirte en el tema.

Sonriente, salí del despacho, recogí mis cosas y me despedí por ese día de mis compañeros. Mientras salía del departamento, marqué el número de mi casa para contárselo a mi madre. Estaba eufórica, sentía que a partir de ese momento, todo mi camino se encauzaría. Esta vez sí, esta vez todo iba a salir bien.

Al día siguiente, ataviada con mi vestimenta decente, me reuní con Carlos para recoger la tinaja. La traían dos profesores que no había visto jamás, pero a los que mi director saludó con énfasis y cercanía. El artefacto estaba envuelto en papel de burbujas y dentro de una caja que medía casi medio metro de alto. Sin problemas, la trasladamos al laboratorio, donde la abrimos dentro de la cabina estéril por precaución.

La tinaja era del tamaño de un jarrón mediano, de elegantes formas curvadas, con el pie y la boca estrechos, taponada por una tapadera con forma de flor de loto. A pesar de que no entendía bien los grabados y dibujos (que para mí eran puros jeroglíficos), el aspecto me pareció hermoso, con un deje místico que no me podía sacar de la cabeza. Me sentía como en una novela de intriga en la que la protagonista encuentra una lámpara mágica y algo en su interior escucha y concede sus más profundos deseos.

— Pues toda tuya, no creo que necesites material complementario al que ya tenemos aquí. No obstante, si fuera necesario algo, dímelo.

— Sí, claro —asentí absorta—. Muchas gracias, Carlos. De verdad.

— No las des y ponte a trabajar, tienes tarea.

Una vez sola con mi proyecto, puse las manos a ambos lados de la tinaja, notando su tacto rugoso y añejo. Como una colegiala enamorada, le susurré que

me diera suerte y fuera ella y nadie más la que pusiera solución y estabilidad a mi vida.

Con ayuda de una aguja, pinché en una zona más débil de la tinaja y saqué el aire de su interior, más tarde lo mandaría analizar. Con muestras sobre la fase gaseosa, procedí a destapar con la mayor delicadeza posible aquel hallazgo, pues lo que más me interesaba era el polvo que quedara acumulado en la cara interna y el fondo. Cogí un bisturí y lo pasé entre lo que debió haber sido la tapa y la boca de la tinaja hasta dar toda la vuelta. Con sumo cuidado, tomé la tapadera con ambas manos y, embelesándome por aquellas formas, tiré de ella hacia arriba, dejando el interior de la tinaja accesible.

Allí dentro no había oro, ni joyas, ni un paño y mucho menos un genio mágico que cumpliera mis deseos. Rasqué las paredes del interior y tomé muestras de la arenisca acumulada en el fondo y tapé de nuevo la tinaja. La envolví en el plástico, la devolví a su caja y la dejé en un sitio seguro.

“Ya es viernes” Pensé al despertarme aquella mañana. El día anterior lo había dejado todo listo para enviarlo a los distintos departamentos que necesitaba para los análisis, pero se me había hecho tarde y hoy debía entregarles las muestras. A efectos prácticos, los análisis comenzarían el lunes, lo cual retrasaba más aún el día que yo tuviera resultados. Eso me entristecía, pues ni yo misma tenía tiempo para hacer nada hasta mediados de la próxima semana.

¿O sí podía?

Me puse en pie de un salto y me vestí en tiempo record. Mientras recorría el camino a la universidad, repasé el plan. El trabajo que debía realizar era buscar restos de posibles microorganismos, alguna huella, alguna sustancia producida por ellos, alguna proteína, ADN, etc. Cualquier cosa. Pero, ¿y si realmente había un genio mágico allí dentro? ¿Y si en lugar de restos, algún organismo había sobrevivido?

Si, era poco probable, por no decir imposible. Eran los desvaríos de una soñadora, pero tampoco requería esfuerzo ni dinero hacer un par de cultivos en distintos medios, por probar. Si no crece nada (lo cual era harto probable), yo volvería al mundo real y me pondría serio con este trabajo. Pero si crecía...

No debía pensar en eso, era una locura y este experimento sólo me serviría como un ridículo control negativo, pero al menos me iría animada a clase.

Llegué al laboratorio, recogí las muestras de las paredes y fondo y realicé algunos cultivos en los medios más comunes, sólo por probar (me repetía a mí misma). Me despedí de mis compañeros hasta la semana siguiente, pues ya no pasaría más por el laboratorio aquel día.

Con toda la fuerza de voluntad que tenía, me obligué a olvidarme del trabajo hasta que mi tiempo me permitiera hacer lo contrario, y me centré en las clases de aquel día y el fin de semana de merecido descanso.

Lunes, nueve y media de la mañana. Llegué al laboratorio y, con un brevísimo saludo, pasé hasta la cámara de incubación. ¡Habían crecido! Y en todos los medios, lo cual hacía más que improbable que fuera una contaminación. ¡Mi genio mágico estaba allí dentro! Llamé a voz en grito a Carlos, quien se presentó alarmado por mi vocerío.

— ¡Han crecido! ¡Han crecido! —no dejaba de repetir, mostrándole las placas y los medios.

— Increíble. Esto, esto es...

Sin mediar más palabra, se dirigí hacia su despacho a realizar llamadas. Todos los compañeros del departamento se acercaron a ver mi sueño hecho realidad por el genio de la vasija. Durante minutos, sólo se escuchaba el ajetreo y las felicitaciones. Y cuando eso empezó a decaer, personas de los departamentos cercanos y otros microbiólogos vinieron llamados por Carlos para ver el descubrimiento con sus ojos.

Pronto empezó una lluvia de ideas que implicó a casi media universidad. Qué hacer ahora, cómo actuar, qué experimentos realizar, qué precauciones tomar... Yo apenas escuchaba nada de eso, sólo quería estar a solas con mi genio. Carlos me alejó del grupo.

— Melisa, ¿quieres seguir adelante con esto?

No negaré que me sorprendió la pregunta, pero más que eso me enfadó. Yo había sido la estúpida ilusa que había probado algo que no debió haber sido más

que una pérdida de tiempo y, por mi estúpida e infantil ilusión, ahora estaban reunidas personas de toda índole alrededor de mis cultivos. ¡Claro que quería seguir con esto! Era mi genio, mi esperanza había tomado forma. Asentí, muda por el espanto de que me apartaran ahora de mi sueño hecho realidad.

— Está bien. Pero no te entusiasmes demasiado. Hay más cosas que pueden salir mal de las que pueden salir bien.

— No te preocupes, Carlos. Sé en qué posición estoy.

Carlos asintió, parcialmente satisfecho. Volvimos con el resto del grupo.

Aquella mañana nadie quiso ser el primero en irse, pero al final el laboratorio quedó por fin desierto. Se habían ideado muchas estrategias, pero ahora Carlos y yo debíamos elegir las más adecuadas. Decidimos tomarnos la tarde libre para despejar la mente.

Antes de irme a casa, tomé uno de los viales en los que había depositado muestras del fondo de la tinaja. ¿Por qué lo hice? No sabría responder a esa pregunta. ¿Por qué no dije nada a nadie? No lo consideré necesario. ¿Qué pretendía con ello? Tampoco tengo una respuesta clara a eso. Simplemente lo hice, me hacía sentir segura.

Aquella noche llamé a toda mi familia. Pocos entendían lo que estaba contando, pero les bastaba con oírme radiante de felicidad, eso siempre era bueno.

Una sensación de desasosiego me arrancó de los brazos de Morfeo. Era la madrugada del lunes (aunque técnicamente era ya martes), tres y media de la mañana. Me levanté de la cama en un estado más próximo al sonambulismo que a la consciencia verdadera. Me sentía muy consciente de que mi genio mágico se estaba ahogando en ese bote. Debía sacarlo de ahí o mis sueños se verían truncados una vez más.

Me dirigía a la cocina sin dudar, saqué un yogur de la nevera y lo mezclé con una porción de leche en un plato sin entender del todo lo que estaba haciendo. Busqué el vial con la muestra y lo abrí dejando caer su contenido en el plato. Removí con cariño, casi con el mismo cuidado y amor con el que una madre acuna a su hijo. Satisfecha, me fui de nuevo a la cama.

Poco o nada recordaría a la mañana siguiente sobre mi episodio de sonambulismo paranoico.

El despertador no me sonó esa mañana. Salí pitando de casa, ni siquiera tomé desayuno. Había quedado con Carlos para pensar cómo abordar la situación de la mejor manera posible. Increíblemente, llegué a tiempo y pasamos horas hablando de todo tiempo de técnicas para aislar e identificar los microorganismos que permanecían en la tinaja.

Tenía un arduo trabajo por delante, pero no me importaba. Me puse manos a la obra inmediatamente, conocía todas las técnicas y no me suponía mayor dificultad. Cuando la noche amenazaba con cubrir el mundo, recogí mis cosas y me fui a casa.

Cuando pasé por la cocina, sobre la encimera, atisé un plato lleno de una sustancia blanco-amarillenta con una consistencia gelatinosa. No recordaba haber sacado el plato y mucho menos llenarlo de... ¿qué demonios era aquello? Metí el dedo para apreciar la textura: era pegajoso y denso. Olía a huevo podrido, así que la prioridad de buscar el origen de aquella masa, pasó a ser deshacerme de aquello. Abrí el grifo del fregadero y puse el plato bajo del chorro de agua, deshaciendo la masa y viéndola perderse por el desagüe.

Cené poco y me acosté temprano. Había sido un día largo y aún más largo iba a ser el próximo.

El miércoles por la mañana tenía clases a las que asistir. Había dormido las horas suficientes, pero me encontraba exhausta. Le pedí a Carlos la tarde libre por tal motivo, y él no tuvo problema alguno en dármela.

Las semanas pasaron, llenas de trabajo pero con poca información. El cansancio me invadía cada mañana, pero una buena dosis de cafeína me ayudaba a mantenerlo a raya. Sin embargo, no era tan fácil controlar las migrañas que tenía de vez en cuando. Pero no tenía tiempo de preocuparme por mi estado, tenía muchas cosas que hacer, y no era la única. El laboratorio olía constantemente a café, todos teníamos nuestra buena dosis de preocupaciones que ahogar. Tanto era así, que Luis llevaba varios días sin pasar por el laboratorio (decía que el estrés le estaba afectando al estómago) y Carlos estaba encerrado en su despacho más de lo que acostumbraba, con la luz

apagada para paliar los dolores de cabeza que las tesis le daban.

Un día, ya no me acuerdo qué día de la semana era, Carlos me dijo que los arqueólogos que habían encontrado la tinaja habían llamado para reunirse con nosotros. Asentí despreocupada, no veía problema en ello.

– Tenemos que parar el proyecto.

– ¿Cómo? Imposible, no puedes hacerme esto. Carlos, yo...

– No es mi decisión. Los del equipo de arqueología insisten en que han descubierto algo que inhabilita toda manipulación con la tinaja. Para eso es la reunión.

Recuerdo haber roto a llorar en ese mismo instante. El cansancio que dormitaba en mi interior se hizo patente en mis extremidades y derramé algunos tubos con los que trabajaba en ese instante. Entre lágrimas, recogí el trabajo desperdiciado y guardé el resto de cosas. La esperanza de hacer entrar en razón a aquellos científicos era lo único que me quedaba, la esperanza de que pudiera seguir buscando el nombre de mi genio mágico de la tinaja. La esperanza fue la que me dio la fuerza necesaria para enjugarme las lágrimas y mantenerme firme para la reunión de aquella tarde. Ya sólo me quedaba mi esperanza, nada más.

Cuando los arqueólogos llegaron envueltos en trajes de protección frente a riesgos biológicos, algo

se encendió en mi interior. El miedo se apoderó de mí y de pronto, los recuerdos de la noche de sonambulismo aparecieron claros en mi mente junto con todo lo que pensé y sentí en aquellos momentos. Rebusqué en mi bolso el vial, aferrándome a mi última esperanza (esperanza, una vez más, mi único aliado...). El vial no estaba.

Me miré el dedo que había introducido en la masa gelatinosa, sin pensar. Recordé el tubo que acababa de volcar, recordé las conversaciones con mi mejor amiga sobre su repentino cambio en la salud, recordé mi cansancio y el de todo el laboratorio...

Aquellos arqueólogos habían estudiado las imágenes grabadas en la tinaja junto con los demás escritos e imágenes que había en la excavación. Todo apuntaba a una misma cosa: La caja de Pandora. El mito griego de la tinaja que contenía todo el mal del mundo. Y allí estaba yo: sosteniendo el único mal que había permanecido en su interior: la esperanza.

Rompí a llorar mientras evacuaban todo el laboratorio por tubos de plástico para que no estuviéramos en contacto con el exterior.

Con cada lágrima que recorría mis mejillas, imaginaba a una persona con la que hubiera entrado en contacto desde aquel fatídico día en el que la esperanza me había dado un doloroso nuevo rumbo. Con cada paso que daba hacia la cuarentena, veía más claramente la masa gelatinosa llena de todo tipo de males irse por mi desagüe.

Ahora escribo esto desde la camilla de hospital. De poco sirve estar encerrados, de poco sirve la cuarentena.

La caja de Pandora se ha abierto. Yo la he abierto. Y ni siquiera me he molestado en cerrarla. La esperanza también ha salido, ya no queda nada por lo que luchar.